

y del grado de doctrina que les conviene. Se examinará mas escrupulosamente á los que son nombrados para la cura de almas. El porte de los eclesiásticos respirará gravedad y modestia: llevarán sotana y corona abierta, y nunca administrarán los Sacramentos sin sobrepelliz. La atencion religiosa de los Padres se estiende á las universidades, en las cuales se formaban los primeros alumnos de la Iglesia, y las encargarán que cuiden diligentemente de este precioso depósito. Prohiben tambien el abuso de las indulgencias, el predicar y confesar sin la aprobacion de los ordinarios, la infraccion de la clausura religiosa, los matrimonios clandestinos, el concubinato, y por último la blasfemia, que era entonces muy comun, y querian que se reprimiese, implorando en caso necesario el auxilio del brazo secular.

Estos prelados tuvieron en Lyon todo el tiempo que podian necesitar para tratar de las costumbres y de la disciplina, mientras duraron las conferencias y demas pasos dirigidos á conciliar los grandes intereses cuyo choque tenia suspensa la paz de la Iglesia. Ya el rey de Inglaterra habia enviado embajadores á Roma, aunque sin ningun éxito favorable, para ver si podia lograr que se aceptasen las condiciones con que pretendia Felix hacer su dimision. No desmayó por esto el celo del rey Cristianísimo, el cual envió al Papa Nicolao una embajada compuesta de dos arzobispos, de cinco obispos, de muchos grandes, y tan magnífica en todo que no habia memoria de haber visto jamás en Roma ninguna cosa semejante. Merecieron al Papa la mayor confianza los ministros de un príncipe que mostraba tanto respeto á la Santa Sede y un celo tan constante por sus intereses. Dijo públicamente á los embajadores que no habia cosa ninguna, salvo el honor de Dios y de la Iglesia, que no estuviese pronto á conceder á un rey tan cristiano, y despues les comunicó

varios artículos secretos que debian remitirse á Francia (1). Cumpliendo los embajadores con las órdenes que habian recibido, pasaron desde Roma á Lausana, donde estaba Felix con su corte y todo su conciliábulo por haberlos obligado el emperador Federico y los magistrados de la ciudad de Basilea á que saliesen de ella cerca de un año antes. No queria Felix manifestar sus intenciones á los embajadores hasta saber el resultado de una embajada que él habia enviado al rey Carlos VII. Cualesquiera que fuesen sus proposiciones, la respuesta y el parecer invariable del monarca fué que Felix renunciase pura y simplemente el Pontificado, y que el Papa Nicolao espediria tres bulas para anular todos los procedimientos seguidos contra Felix y sus partidarios, para confirmar todos los actos publicados en esta obediencia, y para reponer á todas las personas á quienes el mismo Papa habia despojado de sus dignidades ó beneficios. Estando ya estipulado y bien asegurado todo esto, y sin duda tambien la suerte futura de Felix, y acercándose el momento tan deseado de la paz y de la concordia, faltó poco para que lo frustrase enteramente un secretario de Amadeo, llamado Bolomier, el cual ejercia una autoridad absoluta sobre su amo, y le inspiró nuevas desconfianzas; pero la actividad del duque reinante descubrió y contuvo el mal en su origen. En muy pocos momentos se prendió al perturbador, se le hizo el interrogatorio, quedó convicto, y fué precipitado en el lago de Ginebra, despues de lo cual volvió Felix á adoptar los sentimientos de rectitud de que no suelen apartarse los príncipes como no sea por las sujestiones de las almas viles.

Despues de haber espedido tres bulas por el estilo de las que prometia el Papa Ni-

(1) Conc. t. 13, p. 1316.

(1) Conc. Hist. t. 9, pag. 1311. — Historia Eclesiástica. — Tomo IX.

colao, porque no se le quiso disputar este corte consuelo, restituyó finalmente la paz á la Iglesia por medio de la dimision pura y simple que hizo del Pontificado el día 9 de abril del año 1449. Cuando se supo esta noticia fué completa la alegría en todo el mundo cristiano, y especialmente en Roma, donde se ensalzó por todas partes el nombre y la sabiduria del Papa Nicolao; pero este refirió á Dios toda la gloria del triunfo, e hizo que se le diesen gracias con la mayor solemnidad. Despues de esto manifestó su agradecimiento al rey Carlos VII á quien miraba con razon como el principal instrumento de que se habia valido el Señor para enjugar las lágrimas de la Iglesia. Fué perfecta y cordial la reconciliacion entre Nicolao y Felix. No se contentó el Papa con observar las condiciones estipuladas, y con espedir las tres bulas prometidas, sino que además de Luis de Aleman, aquel famoso cardenal de Arlés á quien habia depuesto, restableció en el Sacro Colegio á Juan de Arsi, arzobispo de Tarantasia, á Luis de Varambon, obispo de Maarienne, y á Guillermo de Etang, arcediano de Metz, creados cardenales por Felix. Los demás habian muerto ya ó habian renunciado á esta dignidad.

Amadeo fué instituido cardenal obispo de Sabina, legado y vicario perpetuo de la Santa Sede en dos Estados de Saboya y en los parajes inmediatos cuando se encontrase en ellos; primera persona de la Iglesia despues del Sumo Pontífice, el cual debería levantarse cuando se acercase á él, y no exigirle mas que el ósculo de la boca; y además tendria el derecho de conservar los ornamentos y las insignias honoríficas del Pontificado, excepto el dosel, el anillo del Pescador, la cruz en el calzado y la prerogativa de llevar el Santísimo Sacramento en sus viajes. En vista de estas concesiones que no son mas que una parte de lo que

habia pedido Felix, parece que si se mostró tan desprendido de la dignidad pontificia como lo han publicado sus admiradores, conservaron para él un atractivo muy singular los símbolos y decoraciones del Pontificado. Pero tal es la miseria humana aun en medio de la piedad y de las grandes virtudes. Sea lo que quierá de las disposiciones del alma, las cuales no pretendemos esculdir, puede decirse que fué bastante bien tratado Felix para ser un antipapa arrepentido. Despues de su abdicacion, se volvió á su retiro de Ripailles, donde ya no volvió á acordarse de su Pontificado, segun dicen, asi como no se habia acordado de solicitarle lo cual no deja de ser equivoco. Pero en lo que convienen todos unanimemente es que vivió todavia año y medio de un modo cristiano y verdaderamente ejemplar. Dichoso en haber logrado que hubiese este intervalo entre su vano Pontificado y la cuenta terrible que de él tuvo que dar. Y mas dichoso, añade Eneas Silvio, si no hubiese afeado su vejez con este horror, y no la hubiese afligido con semejante amargura. Su mas celoso partidario, que era Luis de Aleman, cardenal de Santa Cecilia y arzobispo de Arlés, mostró unas virtudes aun mas brillantes. Reconciliado con el Papa y disgustado para siempre de los negocios y agitaciones que le habian causado tantos pesares, se entregó enteramente al gobierno de su diócesis y á la práctica de las buenas obras. Despues de su muerte, que sucedió casi al mismo tiempo que la de Amadeo, se hicieron en su sepulcro varios milagros, que movieron en lo sucesivo al Papa Clemente VII á permitir que se le honrase como Beato, declarando su embargo, en una constitucion citada por diferentes autores (1), que no era su ánimo colocarle

(1) Adnot. ad Ciaccon. Hist. eccl. Arél. per Petr. Sar.

en el catálogo de los Santos hasta que se hubiese hecho su canonización con las solemnidades acostumbradas. El historiador de la Iglesia de Arlés refiere que en su tiempo, esto es, hace mucho mas de un siglo, se habia dejado de rezar su oficio en aquella Iglesia y de invocarle públicamente: resolución que el Sr. de Attichi, obispo de Autun, en sus Historias selectas de los cardenales, atribuye á las serias reflexiones que se hicieron entonces sobre lo que habia contribuido el cardenal de Aleman á fomentar y prolongar el cisma. Sin embargo, no ha sido revocado el decreto de Clemente VII, y por consiguiente se cree que está en todo su vigor. Qué inferirá de aquí todo hombre imparcial y atento á los grandes principios, sino (conforme al sentir de Spondano y de otros muchos sábios) que el que tuvo la felicidad de morir santamente despues de haber sumergido á la Iglesia en el cisma, habia expiado su falta, en el intervalo que medió entre ella y la muerte, con frutos dignos de penitencia? De otro modo el cisma no sería contrario á la salvación, ni aun á aquel grado de santidad que merece un culto público: lo cual echaria por tierra todos los elementos de la sana doctrina y no podría sostenerse sin un escándalo enorme. Estos principios de derecho son incontestables y evidentes; y lo más que se podría imaginar por un efecto de piedad cristiana, sería que permaneciendo el cardenal de Aleman en una ignorancia invencible por la cortedad de su talento y por la especie singular de su celo fué su falta meramente material. Pero sin penetrar en estos senos de la conciencia, cuyo juicio está reservado á solo Dios, y sin atribuir á este prelado venerable un carácter que le honraria tan poco, basta que se hubiese reconciliado con el Pontífice legítimo, y que egecutase de buena fé, como lo confiesan todos los partidos, esta acción heroica, que sin disputa alguna es la mas

esencial de todas las satisfacciones. Convienen tambien la mayor parte de los autores, en que despues de haber conocido la verdad, fué uno de los que mas se esforzaron en promover la renuncia de Felix. Segun estas disposiciones, y con las eminentes virtudes que le conceden todos, es indubitable que si hubo un tiempo, en que se desmintió esta virtud, conocida despues su falta, la confesaria y haria por ella la penitencia conveniente, como lo asegura del mismo Felix un antiguo escritor (1).

Despues de la abdicación del supuesto Papa Felix V, el conciliábulo de Lausana, débil resto del de Basilea, pero presumiendo siempre de concilio ecuménico y dándose el título de tal, quiso disolverse con honor. Espirando, por decirlo asi, en el momento en que acababa de nacer, solo celebró su primera sesión para ver descender de la Silla apostólica á su Gefe y á su Papa. Al cabo de ocho dias, en 16 de abril, espidió dos decretos en la sesión segunda, uno para abolir las censuras fulminadas con motivo del cisma, y otro para restablecer las providencias dadas y desatendidas casi simultáneamente en aquellos tiempos de turbulencia y de contradicción. Complaciéndose aquellos fingidos representantes de la Iglesia en continuar con su farsa, celebraron el día 19 otra sesión, en que eligieron por Papa á Nicolao V, que lo era habia ya dos años. Tres dias despues celebraron por último la sesión cuarta en que concedieron á Felix los títulos y dignidades que solo podia recibir de Nicolao. Concluida la función, se declaró disuelto el conciliábulo, y se separó inmediatamente.

Habia durado diez y ocho años enteros contados desde sus primeros principios en Basilea, cuya asamblea habia sido decretada

(1) Jannoz. Mannet. in vit. Nicol. V, ap. Rain.   
 que no son mas que una parte de lo que

por dos concilios generales, á saber, los de Constanza y Sena; convocada por dos Papas legítimos, cuales fueron Martino V y Eugenio IV; reverenciada mucho tiempo como la asamblea de la Iglesia universal; á la que representó, segun muchos críticos, en las veintinueve primeras sesiones; ocupada despues bastante útilmente en restablecer la decaída disciplina y por lo mismo protegida eficaz y casi invariablemente por todos los principes que miraban con interés la gloria y la regularidad clerical (a). Pero el amor del mayor bien produce muchas veces grandes males, y se aparta siempre de su objeto, si no evita aquella intemperancia de sabiduría y aquel celo amargo que destruyen en vez de edificar. Por conseguir la reforma incurrió Basilea en el cisma y depuso al Pontífice que estaba reconocido como tal en todo el mundo cristiano. Es este un ejemplar de los muchos que en el primer período de aquella época del restablecimiento y restauración nos ponen á la vista los precipicios á que conduce el celo precipitado y excesivo de reforma. Su éxito fué fatal y feliz á un mismo tiempo, pues inspiró tanto horror al cisma, que desde entonces fué siempre inaccesible la Cátedra de Pedro á las divisiones que la habian afligido antes tan frecuentemente, contribuyendo á un objeto tan laudable la unión de todas las iglesias y de todos los principes cristianos; y es una lección mucho mas útil todavía, si produce en nosotros una persuasión íntima é irrevocable de que para edificar no conviene destruir, y de que al enderezar las reglas es necesario cuidar de que no se rompan.

LIBRO QUINGUAGESIMO-TERCERO.

Desde la estincion del cisma de Basilea en el año 1449, hasta la ruina del imperio de Oriente en el de 1453.

El cuerpo de la Iglesia latina, ó mejor diremos de la Iglesia universal, semejábese,

á mediados del siglo XV á un navio que vuelve á entrar en el puerto despues de la tempestad, mientras que el débil bajel que se daba el nombre pomposo de Iglesia oriental, agitado sin interrupción por los vientos y las olas, era impelido sin cesar y cada vez con mayor violencia contra los escollos en que debía estrellarse. Reconocido y sinceramente reverenciado, el Pastor romano por el antipapa arrependido y por los fautores del cisma que habian permanecido obstinados tanto tiempo

(a) Conviene, sin embargo, tener siempre presente lo que acerca de este conciliábulo se ha dicho en el curso de esta Historia, en la cual como en muchos otros puntos ha corregido Henrion oportunisimamente á Bercastel y ahorrándonos de tener que añadir las correspondientes notas. Es tanto mas necesario tenerlo presente, cuanto que los partidarios de las llamadas libertades galicanas y de la declaración de 1682, aunque ya pocos por fortuna, siempre suelen tener en boca el concilio de Basilea y lo que este citaba del de Constanza. Pueden verse sobre el particular las obras de Maistro, de Anfossi, y de Lamennais antes que apostatará. (N. del E.)